

partes, y M. Perrin cita de ello un ejemplo que le es personal. "El padre de Gibeaumé, dice, anciano de setenta y cuatro años, acabado por las enfermedades contraídas en su largo apostolado, y quien, á pesar de todos sus sufrimientos, conservaba toda la entereza de su bello carácter, al verme ya á punto de marchar, me llamó aparte y me dijo con aire de misterio: "Puesto que nos de-  
 "jais, y segun las apariencias, será por largo tiempo, os suplico me  
 "hagais un favor que depende de vos. No me preguntéis cuál es:  
 "basta solo que sepais que no os exigiré nada que no sea muy po-  
 "sible y permitido." Yo le di mi palabra de honor de hacer cuanto  
 desease, sumamente complacido al verme en ocasion de poderle  
 ser útil de cualquiera manera que fuese. "Está muy bien, me con-  
 "testó, ya estais cogido por vuestra misma palabra. Quiero, pues,  
 "y exijo de vos que acepteis la mitad de mi tesoro." Abrió en el  
 momento un cajon, y dividió conmigo, de hermano á hermano,  
 cuanto en él se contenia.

"No pueden olvidarse tales hombres, ni dejar de creer en sus virtudes." No son únicamente los émulos de la Compañia de Jesus en las misiones los que deploran su ruina. En Roma mismo se publicaba ese sentimiento, y se les echaba de ménos á cada momento. En su *India orientalis*, el carmelita Paulino de Saint-Barthelemy no puede ménos de hacer constar la decadencia de la fe entre las naciones que los Jesuitas habian civilizado por el cristianismo. "Despues que hombres como éstos, exclama este religioso (1), tan superiores y animados de su celo, proclamaron en otros tiempos la religion en los estados de Tanjaour, de Maduré, de Maissour, de Concan, de Carnata, de Golconda, de Balaghat de Delhy, y en otras regiones indianas situadas en esos continentes, su celo y la antorcha de la fe han desaparecido por las dificultades de los tiempos y lugares, porque nadie les ha enviado colaboradores, y nadie ha sostenido su obra. Despues de suprimida la Compañia de Jesus, todas estas iglesias carecen de pastores, y los cristianos andan errantes, sin ley que les dirija, ni luz que les ilumine."

Por el mismo tiempo, el cardenal de Bernis comunicaba al cardenal prefecto de la Propaganda, una memoria sobre el estado de las misiones en China y en las Indias. Esta memoria, hallada entre los papeles del embajador frances en Roma, hace presentes los servicios que los Jesuitas de la China han prestado á la Francia, por sus correspondencias con la academia real de ciencias de Paris y con sus observaciones, dirigidas á los ministros del rey, sobre materias astronómicas, é investigaciones sobre la botánica, historia

(1) *India orientalis christiana, &c., auctore P. Paulino a S. Bartholomæo, carmelita discalceato, p. 199 (Roma, 1794).*

natural, y cuanto podia contribuir á la perfeccion de las ciencias y las artes; y despues de todo esto se lee: "El rey y los ministros han concedido igualmente en estos últimos años, el pasage *gratia* en los buques de la marina francesa á muchos de sus súbditos destinados á la mision francesa en las Indias Orientales. Creemos poder asegurar que estos misioneros no son allí inútiles á la nacion, y que en muchas ocasiones la han hecho servicios de importancia. Por esto sin duda es por lo que el soberano consejo de Pondichery tomó á su cargo, hace algunos años, la defensa contra los individuos que el antiguo parlamento de Paris envió allí para que se apoderasen de los pocos bienes que les restaban. En vista de todo, tan solo se contentaron con hacerles cambiar de trage y que se les llamase MM. los misioneros del Malabar. Bajo estas leyes han continuado ejerciendo sus funciones bajo la dependencia de los obispos, siendo los únicos que comprenden la dificilísima lengua del pais, y no apareciendo el menor inconveniente en su permanencia en esos puntos tal como existen en la actualidad.

Ademas de estas dos misiones, subsisten aun otras dos en Levante, una en Grecia y la otra en Siria. Estas siempre han estado y están bajo la proteccion de la Francia. M. el caballero de Saint-Priest, embajador cerca de la Puerta, declaró, á su llegada á Constantinopla, que el rey le habia recomendado especialmente las misiones francesas, y no cesa de honrarlas á consecuencia de su proteccion. La mision de Grecia tiene establecimientos en Constantinopla, en Esmyrna, en Tesalónica, en las islas de Scio, de Santorin y de Naxia; la de Siria los tiene en Alepo, en Damasco, en Trípoli de Siria; y en Antoura, en el monte Líbano, en el Gran-Cairo y en el Egipto. Los misioneros tratan en todas partes de hacerse útiles á la nacion. Antes de destruirlos, ¿no seria mas conveniente asegurarse previamente de si el rey juzga ó no á propósito el continuar dispensándoles su real proteccion?"

Los Jesuitas desaparecian bajo la tempestad excitada contra ellos por los Borbones; tempestad que desencadenó un papa, y contra la cual tanto en Roma como en Constantinopla se alzó un grito unánime de protesta por todos los católicos previsores. En el interes de la verdad, el caballero de Saint-Priest, embajador cerca de la Sublime Puerta, no temia el atacar de frente las prevenciones de la época. Dirigió al gobierno de Luis XV una memoria sobre la influencia que el nombre frances estaba destinado á ejercer en Oriente por la propagacion del catolicismo; y pintando el estado de las misiones, escribia el 10 de Noviembre de 1773: "El número de los católicos rayas es considerable en Esmyrna (1), y los Jesuitas, allí como en todas partes, logran mucho fruto."

(1) *Archives des affaires étrangères et manuscrits de l'abbé Brotier.*

BIBLIOTECA CENTRAL

11.1.11

Un poco mas abajo añade, haciendo una comparacion entre el instituto de San Ignacio y las demas corporaciones: "Ninguno de estos religiosos desempeñan verdaderamente la mision. Desde hace muchos años, los Jesuitas son los únicos que en ella se emplean con celo; y esto es, una justicia que no puede ménos de hacerseles, y que ya no puede ser tachada de sospechosa, en un tiempo en que no existen. Se les debe en su mayor parte, el progreso de la religion católica entre los armenios y los sirios, como de ello ya se ha dado cuenta en la memoria del embajador del año último, á quien, como depositario de la confianza de los súbditos del gran señor, interesa conservar á los ex-Jesuitas en sus funciones, para no comprometer los frutos que han sembrado."

Los obispos del Nuevo-Mundo, los pueblos y los mismos diplomáticos, invocaban la cooperacion de los Jesuitas. Llegó un dia en que la república francesa les pidió su apoyo en las regiones donde habian popularizado el nombre de su patria. El P. Poisson vivia aun en Pekin, y, segun dice Cristóbal de Murr (1), "Este Jesuita contribuyó mucho para la conclusion del tratado de comercio entre la China y la república francesa."

Cristóbal de Murr (2) ha recogido un hecho que confirma plenamente todos estos testimonios. Refiere el historiador protestante, que en 1777 Luis XVI pidió al papa algunos misioneros para la isla de Cayena, pero con la condicion precisa de que supiesen el idioma de los naturales de aquel pais. La Propaganda no los tenia; pero Pio VI, con acuerdo del rey de Francia, hizo pasar á la Guyana á cuatro antiguos Jesuitas portugueses. En el mes de Noviembre de 1777 desembarcaron en Cayena. Al verlos vestidos con el traje de su Orden, y hablando la lengua de los indigenas, los isleños reconocieron al punto un traje que veneraban. Se les dijo que ya no habia Jesuitas; pero ellos les recibieron como á tales. Estos hombres medio civilizados se arrojaron á sus pies, que regaron con sus lágrimas, y en el momento se comprometieron á vivir en adelante como cristianos, ya que les habian sido devueltos los padres que les engendraron en el conocimiento del verdadero Dios.

El celo de la casa del Señor arrastró á una gran parte de la Sociedad de Jesus á paises inhospitalarios; la restante permaneció en el interior de Europa, á fin de luchar, mas contra el vicio y el error, que contra los enemigos de la Compañía. Esta tuvo aun oradores que arrebatában á la multitud. A pesar de la proscripcion que pesaba sobre ellos, se vió á los padres Duplessin, Nicolas Zaccani, Munier, Vigliani, Tchupick, Lentini, Vassalo el apóstol

(1) *Moniteur journal*, t. 2, p. 957.  
 (2) *Journal de Christophe de Murr*, t. IX p. 225.

de Cerdeña, Beauregard, Armando Bol, Le Chapelain y Haussen, renovar el espíritu de las poblaciones. Javier Duplessin era sollicitado por todas las ciudades. Los prelados en sus edictos anunciaban su presencia como un favor insigne. Este evangelizaba en las ciudades como en las aldeas, y el obispo de Laon anunciaba su venida en estos términos: "Por un efecto singular de la Divina Misericordia, N. T. C. F., poseemos un célebre misionero que todas las diócesis se disputan, y cuyos infatigables trabajos ha bendecido el Señor con innumerables conversiones y prodigios inauditos."

El nombre del padre Nicolas de Beauregard (1) eclipsa todas estas glorias de la elocuencia sagrada. Nacido en Pont-á-Mousson, en 1731, supo este Jesuita, así como en Bridayne, dominar á su auditorio con rasgos de un genio alguna vez bastante singular, pero que encadenaban el pensamiento y triunfaban de los malos instintos. Sin embargo, mucho le hubiera costado librarse del olvido si á su recuerdo no fuese unido un acontecimiento extraordinario. Durante el Jubileo de 1775, predicó el Jesuita en Notre-Dame de Paris. La concurrencia era inmensa; porque el padre Beauregard, por la impetuosidad de su palabra y trivialidad de algunas de sus imágenes, sabia inspirar á sus oyentes una respetuosa admiracion. Allí mismo, desde aquel púlpito, donde diez y ocho años despues,

(1) El padre Beauregard terminó sus dias en el castillo de Croning, en compañía de la princesa Sophia de Hohenlohe. Tenemos á la vista el testamento olografo del Jesuita, con fecha de 29 de Noviembre de 1803, en el cual leemos: Habiéndome hecho Dios en 1749 el insigne favor de llamarme á la Compañía de Jesus, de hacer en ella los últimos votos y ser recibido como profeso; y por una segunda gracia, casi tan privilegiada como la primera, haber sido agregado é incorporado á la provincia de los Jesuitas de Rusia por el reverendo padre Gruber, entónces general de esa misma Compañía, en virtud de mi voto de pobreza, que en este momento renuevo con toda mi alma, así como todos los demas votos, y en obediencia á nuestras santas reglas y constituciones que respeto mas aun en la hora de mi muerte que en el resto de mi vida; votos y constituciones que no nos permiten testar, lo que se considera como el mayor acto y señal de propiedad; declaro, pues, y afirmo, que cuanto aparezca pertenecerme, no me pertenece en manera alguna, y así todo ello sin reserva alguna es de los Jesuitas de Rusia, á los cuales suplico á su alteza la princesa Sophia que se lo devuelva."

En su número del martes 2 de Octubre 1801, el *Journal des Debats* se expresa en estos términos sobre la muerte del discípulo de San Ignacio: "El padre Beauregard, antiguo Jesuita, y uno de los últimos oradores que han ilustrado el púlpito cristiano en el siglo diez y ocho, acaba de morir en Hohenlohe, de Alemania, á los setenta y tres años de su edad. Fué celebre en Francia por el buen éxito de sus predicaciones y santidad de su vida."

Despues de haber ensalzado los trabajos y las virtudes del padre, el *Journal des Debats*, concluye así: "Al lamentarnos de semejantes pérdidas, no puede uno ménos de preguntarse á sí mismo: ¿quién llenará estos vacíos que la muerte causa diariamente, y de dónde vendrán otros hombres para reemplazar á semejantes hombres?"

Hébert, Hobei y Chaumette predicaron su ateísmo legal; en presencia de aquel altar, sobre el cual las diosas de la razón y de la libertad ocuparon el sitio de donde fué arrancada la imagen de Nuestra Señora, extrañas y proféticas palabras, nacidas del corazón, hicieron esclamar al Jesuita: "Si, es el rey y la religión lo que los filósofos quieren destruir. El hacha y el martillo están en sus manos, y no aguardan sino el momento favorable para echar por tierra el trono y el altar. ¡Gran Dios! vuestros templos serán despojados y destruidos, vuestras fiestas abolidas, vuestro nombre blasfemado y vuestro culto proscrito. Pero qué escucho! Santo Dios! qué veo! á los sagrados cánticos que resuenan en estas bóvedas sagradas en vuestro honor, se suceden cantos lúbricos y profanos! Y tú, infame divinidad del Paganismo, impúdica Venus, tú vienes aquí á ocupar audazmente el asiento del Dios vivo, á colocarte sobre el trono del Santo de los Santos, y á recibir el culpable incienso de tus nuevos oradores."

Al cabo de diez y ocho años de distancia, ésta era la evocación de la demagogia francesa tal como aparece en la Historia. "Varias personas influyentes y poderosas, refiere el jansenista Tabaraud (1), que se creyeron aludidas por el orador, pusieron el grito en el cielo y denunciaron á aquel como sedicioso y calumniador de la razón y de las luces del siglo. Condorcet, en una nota de los pensamientos de Pascal, le llama conjurado y fanático. "El P. Beauregard, como lo acredita una de las últimas páginas del jansenismo por uno de aquellos rasgos de elocuencia que el cielo inspira alguna vez á sus privilegiados, corrió el velo tras del cual aun se ocultaban los filósofos y los niveladores. Su audacia les llenó de estupor. Otros Jesuitas por la misma época ocuparon la mayor parte de los púlpitos; y supieron dirigir tan bien los espíritus hácia las ideas cristianas, y la protección acostumbrada al terminarse el Jubileo fué tan devota y profundamente religiosa, que los corifeos del ateísmo, segun dicho de La Harpe, á la sazón uno de sus adeptos, no pudieron ménos de decir: "Ya han de pasar veinticinco años primero que pueda hacerse la revolucion."

Era preciso castigar en alguno el santo arrojito del orador cristiano. La fe no estaba muerta en el corazón del pueblo; y se despertaba en sus almas al oír la voz de los llamados en otro tiempo Jesuitas. Se rodeó por todas partes al desgraciado Luis XVI, y en el mes de Mayo de 1777 le fué arrancado un nuevo edicto (2), di-

(1) *Biographie universelle*, article *Beauregard*.

(2) Las manifestaciones cristianas del Jubileo de 1775 dieron en qué pensar á los sofistas: se les achucaron á los Jesuitas, hicieron presente sus temores al presidente Angran, quien se creyó en el deber de denunciarlos al parlamento el 23 de Febrero de 1777. El presidente Angran ha visto lo que otros legisladores ven aun en nuestros días. Contó al parlamento los esfuerzos intentados

rigido no contra los miembros de la Sociedad de Jesus, sino contra la misma Sociedad, que ya no existia. De los veinte predicadores que durante el Jubileo habian evangelizado á la capital, diez y seis pertenecian á la Compañía de Jesus. Este hecho solo explica á los revolucionarios el eco que tenian sus palabras. Su venganza contra los padres se redujo á la mutilacion de un cadáver. Sin embargo, el 1788, el P. Reyre predicó la Cuaresma en la corte; y el P. Beauregard participó al año siguiente de igual honor. En 1791 el P. Lanfant (1), comenzó su tarea; pero mientras que sus acentos, inflamados con el fuego de una piadosa elocuencia, daban al rey la fuerza, ó mejor dicho, la resignacion para soportar sus desgracias, se propuso al Jesuita el juramento de la constitucion civil del clero. Lanfant se negó á prestarle: desde entónces le fué entredicha la cátedra del Espíritu Santo; y tan solo tuvo ocasion de predicar otra vez en su vida, que fué el 2 de Septiembre de 1792. El pueblo entónces no le pedia palabras de salud y de consuelo; los asesinos que se llamaban la nacion francesa, exigian su sangre ó su deshonor sacerdotal: Lanfant se dejó degollar. "Si la religion, dice el abate Guillon, obispo de Maroc (2), ha tenido que sentir los ataques de sus enemigos y la defeccion de algunos de sus defensores, tampoco le han faltado apóstoles que han sabido honrar su ministerio, y cuyo celo ilustrado por la ciencia, fué sostenido con la elocuencia de los tiempos antiguos que aquellos han hecho revivir en medio de estos dias de eclipse. No titubeamos en poner á su frente al orador cuyos sermones publicamos."

La revolucion estalló al fin, y en sus furores no distinguió á los Jesuitas de los demas sacerdotes. En su aurora habia proscrito á los discípulos del instituto como el obstáculo mas real y positivo que

por los Jesuitas secularizados; y en seguida añade: "Es público y notorio que están diseminados por todas las parroquias; que están empleados en el santo Ministerio, y que ocupan todos los púlpitos." Esta denuncia fué impresa y publicada. El 15 de Abril, el abogado general Séguier pedia la supresion de esto en los siguientes términos: "Traemos un impreso que contiene la relación que hace uno de los señores de la asamblea de las cámaras del 23 de Febrero último; y como este impreso es contrario á los reglamentos de imprenta, hemos creído que se debía exigir la supresion." El defecto de forma prevaleció sobre el defecto de razón, y el parlamento se apresuró á aprobar el requisitorio de Séguier. Pero, en compensacion, el parlamento, que no habia querido prestarse á una ridícula comedia, forzó la mano á Luis XVI para que espidiese un edicto contra la Sociedad de Jesus, y al registrar este edicto, se añadió á éste, de su cuenta, las cláusulas tiránicas que obligaron á Luis XVI á anularle en 17 de Junio de 1777.

(1) El nombre del padre Lanfant, hasta el presente, siempre ha sido desfigurado en la historia. Unos han escrito *l'Enfant*, otros *Lenfant*. Tenemos á la vista su correspondencia inédita, y en ella firma el Jesuita con la ortografía que nosotros reproducimos.

(2) *Notice biographique pour les sermons de P. Lanfant*, par Nicolas-Silvestre Guillon.

sus ideas podian encontrar. Despues que estableció su reinado sobre los pueblos á quienes la libertad iba á esclavizar, manifestó una de esas veleidades de justicia que se parecen á un sueño de esperanza en medio de la realidad de la destruccion. La asamblea nacional niveló todas las clases; acabó con la antigua monarquia, estinguió todas las Ordenes religiosas con el fin de crearse partidarios por la venta de los bienes eclesiásticos; despojó al clero para enriquecer al pueblo, legitimando el instinto del robo; pero por una estraña aberracion de las cosas de este mundo, en el momento en que desaparecian los parlamentos bajo la venganza popular, la cuestion de los Jesuitas volvió á aparecer de nuevo, y en la sesion del 19 de Febrero de 1790, el abate Gregoire exclamó (1): "Entre las cien mil vejaciones del antiguo gobierno, que tanto han pesado sobre la Francia, debe contarse la que se ha ejercido contra una Orden célebre, la de los Jesuitas: es preciso hacerles participantes de nuestra justicia."

Estas palabras que dan cierta gravedad al carácter y á las ideas del futuro obispo constitucional de Loir-et-Cher, ya habian resonado en la tribuna de la asamblea nacional. En una de sus últimas sesiones, refiere el *Journal de Paris*, redactado entonces por Condorcet, Garat y Regnault de Saint-Sean D'Angely (2), que el diputado Lavie habia despertado, por un sentimiento profundo de justicia, de piedad y quizá de convencimiento, un recuerdo que el tiempo parecia haber condenado al olvido. En el momento en que los legisladores de la Francia decretaban esta destruccion universal de las Ordenes religiosas, se pronunció el nombre de Jesuitas; éste trajo á la memoria sus desgracias olvidadas, é hizo conocer en cierto modo á la asamblea nacional que existian aun "algunos de esos desgraciados que habian sido sacrificados, no á la libertad, á la razón ni por la patria, sino al espíritu de partido, á la venganza y al odio mas implacable."

Este fué el juicio que la asamblea constituyente formó de la destruccion de los Jesuitas. La que se reunia para trastornarlo todo, tenia aun palabras de reconvenccion y censura contra los mismos que la prepararon el camino, y el protestante Bernave, adhiriéndose al pensamiento de una tardia equidad, dijo: "El primer acto de la libertad naciente debe ser la reparacion de las injusticias del despotismo; y así propongo una nueva redaccion á la enmienda propuesta en favor de los Jesuitas." "Estos, repuso el abate duque de Montesquieu, tienen derechos á vuestra generosidad, que no rehusaréis á una congregacion tan célebre, en cuyo seno muchos de los que aquí estamos presentes, hemos hecho nuestros primeros estudios,

(1) *Moniteur* du 20 Fevrier 1790. Séance du 19.

(2) *Journal de Paris*, núm. 31.

y á unos seres desgraciados cuyas faltas son quizá un problema mientras que sus infortunios son reales y positivos."

En cuanto pudo la asamblea nacional, revisó la sentencia de destruccion, y aceptó á los Jesuitas como á víctimas del despotismo, consagrando así, por un voto casi unánime, el principio de su inocencia. A peticion de Gregoire y de Barnave este voto particular se convirtió en ley. En el mes de Febrero de 1790 la revolucion tomó bajo su tutela á los padres de la Orden de Jesus; y en el mes de Octubre de 1791 los entregó á la muerte. Antonio Nolhac fué el primero que la sufrió en esta nueva arena del martirio. Antiguo rector del noviciado de Tolosa, quiso consolarse de los desastres de la Sociedad, aceptando el curato de San Sinfiriano de Aviñon, compuesto en su mayor parte de feligreses pobres. El Jesuita llegó á ser el tesoro de las personas caritativas, y una segunda providencia para los desgraciados. Arrestado el 16 de Octubre, pasó junto con los demas prisioneros aquella noche, que atendido el furor de los *Jourdan* cortu-cabezas, creyó ser la última para él. Se preparó á morir, y preparó igualmente para lo mismo á sus compañeros de prision. Cuando llegó el momento del sacrificio los bendijo á todos en brazos de la muerte; y admirado de todos, permaneció en pie alentando á las demas víctimas, y haciéndolas ver la palma que iban á conseguir. Cayó el último de todos, y junto con los demas cadáveres el suyo fué arrojado á la Neve-ra. "Cuando fué posible, refiere Jauffret, obispo de Metz (1), sacar los cuerpos del pozo de nieve, el pueblo se afanó por encontrar el de su buen padre, y fué hallado con mas de cincuenta heridas. Un Crucifijo que tenia colgado del cuello y sus hábitos de sacerdote, le hicieron reconocer. Todos se disputaron algun pedazo de su ropa, y fué preciso dejar expuestos á la veneracion del público, por espacio de ocho dias, tan venerables restos.... Así todos los fieles de Aviñon reputan al padre Nolhac como un mártir, y están dispuestos á honrarle como á tal. Aun se le llama el padre de los pobres; nombre que llevó siempre, y que se le da en la informacion verbal que pasado algun tiempo se remitió á Aviñon por los comisarios del rey, y que fué leida en la asamblea nacional."

Ya no era posible combatir de palabra ó con la pluma, en favor de la unidad católica. La libertad de 1792 prohibia los debates de la inteligencia, y era preciso ó aceptar sus degradaciones cívicas, ó perecer bajo la cuchilla de los asesinos regimentados por los herederos de la filosofia y del jansenismo. Algunos Jesuitas, veteranos en el púlpito, en el confesionario ó en la

(1) *Mémoires pour servir á l'histoire de la religion et de la philosophie, á la fin du XVIII<sup>e</sup> siècle*, tom. II, pag. 246.

BIBLIOTECA CENTRAL

J. J. J. J.

ciencia, sobrevivían aun. La muerte les aterraba menos que el perjurio. Rehusaron prestar el juramento á la constitucion civil del clero; y en las lúgubres jornadas del 2 y 3 de Septiembre se les hizo espiar su valerosa resistencia.

En los Carmelitas, en la Fuerza, en la Abadía y en San Fermín, en la primera fila de la heroica legion de mártires, á quienes los dos Larocheffoucauld, y Dulau arzobispo de Arles, conducian al cielo, se vieron los últimos restos de la Compañía de Jesus. Allí se iba á glorificar la fé católica con una muerte voluntaria; y estos hombres encanecidos en los trabajos del pensamiento, no retrocedieron á su vista. Los padres Julio Bonnaud, Delfau, Juan Charton de Millou, Claudio Gagnières des Granges, Santiago Durvé-Friteyre, Carlos le Gué, Alejandro Lanfant, Nicolas Ville-Croin, Jacinto le Livec, Pedro Guérin du Rocher y su hermano Roberto, Juan Vourlat, Eloi Herque du Roule, José Rouchon, Antonio Tomas, Rousseau, René Andrieux, Antonio Second y Nicolas Maria Verron, perecieron en medio de esa ciudad de Paris, que, sobrecogida de espanto, presencié, sin embargo, con el arma al brazo este crimen organizado. Estos Jesuitas (1) eran todos eruditos, como Guérin du Rocher; oradores, como el padre Lanfant, y sabios géometras como le Livec.

Otros vivían en el interior de las provincias; y allí sirvieron de modelo al clero y de consuelo á los corazones cristianos; pero al fin desaparecieron en la tormenta. Los padres Daniel Dupleix y Carlos Ferry, cayeron en Lyon bajo el hacha revolucionaria. Julian D'Hervillé en Orleans, Mateo Fiteau en Orange, Agustin Rouville en Aubenas, Pedro Lantigue en Clérac, Carlos Brunet en Poitiers, murieron en el cadalso. Algunos, como los padres Alejandro de Romécourt, Gilberto Macusson, Nicolas Cordier, Antonio Raymond, José Imbert y Domingo de Luchet, se vieron encerrados en los pontones de Rochefort. A éstos no les fué reservada la muerte en el campo de batalla; se les destinó á mayores y mas largos sufrimientos. Así como aquellos sacerdotes deportados que murieron ántes de llegar á su destierro, víctimas de males y privaciones de toda especie, éstos Jesuitas sucumbieron despues de una lenta agonía y sucumbieron pidiendo á Dios por sus verdugos. El padre Gaspar Moreau, destinado á ser

(1) Un autor de una escuela muy opuesta á los Jesuitas, Aimé Guillon, en los mártires de la fe durante la revolucion francesa, tributa en cada página de su libro un justo homenaje á la piedad, abnegacion y ciencia de los padres. Todos ellos se hallaban encargados de la direccion de los conventos de monjas, y á sus consejos debe atribuirse la conducta llena de firmeza que mostraron las religiosas, durante esta tempestad. Estas pretendidas víctimas del fanatismo se mostraron casi en su totalidad fieles á los votos de que la ley les libertaba.

ahogado en el Loire, espiró de fatiga, de frio y de hambre, ántes de llegar al término de sus deseos.

Los Jesuitas franceses desafiaron el cadalso proclamando su fe; los Jesuitas españoles entregaron su vida por hacer triunfar el principio de la caridad cristiana. Carlos IV habia sucedido en el trono á Carlos III, su padre; y éste príncipe abre para siempre á los desterrados las puertas de su patria. Algunos, aprovechándose de la justicia que al fin se les hacia, llegaron á España por el mes de Abril de 1800. El siglo XIX comenzaba por una peste en este pais, que muy pronto iba á sufrir tantas calamidades gloriosas y sangrientas. El contagio se extendió por toda la Andalucia. Los Jesuitas, que acababan de pisar el suelo natal, al saber esa novedad, se ponen en camino para prestar sus servicios á las ciudades y pueblos invadidos. Veintisiete de éstos hallaron el martirio en el ejercicio de su caridad. Los padres Pedro é Isidoro Gonzalez, Miguel de Vega, Francisco Muñoz, Antonio Lopez, Pedro Cuervos, Francisco Tagle, Bautista Palacios, Diego Iribarren, Fermin Excurra, Carlos y Sebastian Perez, Julian de Vergara, Luis Medinilla é Ildefonso Laplana, murieron de esa suerte en Cadiz, en el puerto de Santa Maria, en Jerez de la Frontera y en Sevilla.

En Portugal, la reina Doña Maria, á pesar del respeto que guardó á la memoria de José I, su padre, hacia desaparecer las cadenas con que Pombal, desterrado á su vez, habia cargado á las víctimas de su arbitrariedad. Novecientos Jesuitas fueron los que recobraron la libertad; y los obispos y el pueblo acogieron con testimonios de veneracion á unos mártires, á quienes diez y ocho años de cautiverio no habian desanimado. El P. Timoteo de Oliveira, antiguo confesor de Doña Maria, fué reinstalado en la corte y colmado de honores. En presencia de Pombal, el P. Juan de Guzman apeló á la conciencia de los hombres en la declaracion siguiente: "Encontrándome en la edad de ochenta y un años, próximo á comparecer ante el recto tribunal de la justicia divina, yo Juan de Guzman, último asistente de la Compañía de Jesus para las provincias y demas dominios de Portugal, creeria hacerme culpable de una omision imperdonable, si, desentendiéndome de recurrir al trono de vuestra magestad, donde residen juntamente con ella la clemencia y la justicia, no depositase á sus pies esta humilde y respetuosa demanda, á nombre de mas de seiscientos súbditos de vuestra magestad, resto desgraciado de sus compañeros de infortunio.

"El que suscribe, suplica, pues, á vuestra magestad, por las entrañas de Jesucristo y por su corazon sagrado, por el tierno amor que vuestra magestad profesa á la augusta reina su madre, al augusto rey D. Pedro y á los demas príncipes é infantes de la fami-

BIBLIOTECA CENTRAL  
UNIVERSIDAD DE MADRID